

Antonio de Ciudad Real

“De cómo tuvo el padre comisario la pascua en unos poblecitos, y después prosiguió su viaje camino de Guatemala”

p. 183-188

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo I*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras  
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_01/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



hacen dél muchas diferencias de bebidas muy buenas, unas dellas se beben frías y otras calientes y entre éstas hay una muy usada que llaman chocolate, hecha del cacao sobredicho molido y de miel y agua caliente, con lo cual echan otras mezclas y materiales de cosas calientes; es esta bebida muy medicinal y saludable.

[CAPÍTULO XXXI]

*De cómo tuvo el padre comisario la pascua en unos poblecitos  
y después prosiguió su viaje camino de Guatemala*

Volviendo al pueblo de Tliltepec, donde llegó el padre comisario general el sábado santo en la noche, cinco de abril, es de saber que luego otro día por la mañana llegaron allí fray Francisco Salcedo y fray Lorenzo Cañizares, que habían quedado a decir misa en la estancia de Gironda; iban los pobres las manos, piernas y pies tan llenos de picaduras de chinches, que parecían leprosos y hacía lástima verlos; habíanles picado las chinches aquella noche sin piedad y hecho tantas y tan grandes ronchas que tuvieron muchos días que curar. Al fray Lorenzo de Cañizares, que no había dicho misa, envió el padre comisario a otro poblecito una legua de allí, llamado Tonalá, a decir la, y él y su secretario la dijeron en Tliltepec, con que los indios quedaron muy consolados; dieron después de comer al padre comisario y le hicieron mucha caridad con su pobreza y detúvose allí hasta la tarde.

El mismo domingo en la tarde, seis de abril, salió de Tliltepec, y pasado un riachuelo allí junto al pueblo y después unas ciénagas secas y andada una legua, llegó al sobredicho pueblo de Tonalá donde le aguardaba Cañizares y le recibieron los indios con mucha fiesta y solemnidad; detúvose allí aquella tarde y el día siguiente en que se les dijo misa, con que quedaron muy contentos porque muy raras veces la suelen tener. Es aquel pueblo de la mesma provincia de Xoconusco, del mismo obispado de Guatemala y de los mesmos indios.

Martes ocho de abril dijo uno de los compañeros misa allí en Tonalá luego por la mañana, la cual oyeron los indios, y en acabándose la misa salió el padre comisario de aquel pueblo y andada otra legua y pasado en ella un río no lejos de las casas, llegó a otro de los mesmos indios, obispado y provincia, llamado Quetzalapa; díjoles misa luego y ellos con su pobreza le dieron de comer y de cenar y sal para hacer tasajos una ter-

nera que un negro estanciero que vino a oír misa le ofreció para aquel camino despoblado que había que pasar. Aquella noche llegó a aquel pueblo fray Juan de Orduña con el hato, que ya era bien deseado porque un poco de vino que llevaban los compañeros del padre comisario se había ya acabado, y porque no faltase por las misas no lo había nadie bebido en aquella pascua. El pan de aquellos días eran tortillas de maíz frías y mal hechas, la bebida era agua y algunas veces aquella bebida de cacao que atrás se dijo, llamada chocolate, y con la llegada de fray Juan de Orduña se remediaron estas necesidades porque en Tehuantepec le habían dado un poco de vino y algunos panes por amor de Dios; llegó solo, sin fray Pedro de Sandoval su compañero, al cual dejaba perdido, diciendo que por coger una liebre había caído de la bestia en que iba y ella se había ido camino de una estancia de yeguas y él tras ella en su seguimiento, y que en esta ocupación le había dejado; pesóle mucho al padre comisario de aquella desgracia y quedada del fraile, el cual presto le alcanzó como adelante se dirá.

Miércoles nueve de abril salió el padre comisario de madrugada de aquel pueblo con un indio por guía, y pasados tres arroyos y andadas cuatro leguas, pasó antes que fuese de día por una estancia que llaman de Marín, y pasado allí cerca otro río y andadas otras dos leguas de camino llano lleno de ganado vacuno, llegó después de salido el sol a otra estancia que dicen de Maldonado, y sin entrar dentro pasó de largo, y pasado allí cerca otro río de muchas piedras, descansó un poco en su ribera; luego volvió a caminar, y andadas otras tres leguas en que se pasan otros dos o tres riachuelos, yendo ya demasiadamente cansado y fatigado del recio sol y calor que por allí hace, se recogió en una estancia llamada de Arroyo, algo apartada del camino, donde hubo muy mal recado para comer y peor albergue de casa; hacía calor insoportable y era insufrible la persecución de los mosquitos; y los que estaban picados de chinches y garrapatas, demás del tormento grande que sentían, parecían leprosos según estaban llenos de picaduras, ronchas y granos. A la tardecita, el mismo miércoles, salió el padre comisario de aquella estancia, y andada una legua y pasados en ella dos ríos pasó por cerca de otra estancia que se dice de Don Domingo, porque éste era el nombre de un indio, cuya era, y andadas después otras dos leguas llegó al ponerse el sol a un poblecito pequeño, Pixixiapa, de los mismos indios, provincia y obispado, donde padeció mucho trabajo de calor y mosquitos, con que no pudo descansar ni sosegar en toda la noche.

Jueves diez de abril salió el padre comisario de aquel pueblo muy de madrugada, con otro indio por guía, y pasados dos riachuelos y unas ciénagas y mucha montaña muy alta y espesa, que hacía el camino muy obs-

curo, llegó antes que amaneciese a otra estancia de un español llamado Coronado, cuatro leguas de Pixixiapa. Pasó de largo sin detenerse en ella, y pasado un río que corre allí junto, yendo muy necesitado de sueño y viendo que aún no era de día, se recostó en el mismo camino, el sombrero por cabecera, y durmió como un credo cantado; luego tornó a su tarea y pasados dos arroyos y unas ciénagas, y andadas otras cuatro leguas de camino llano, llegó muy cansado y quebrantado a un bonito pueblo y muy fresco llamado Mapaxtepec, de los mismos indios, obispado y provincia, donde halló a uno de los siete clérigos que como queda dicho residen en ella. Danse allí muchas guayabas, naranjas y limas y otras frutas de tierra caliente; detúvose en aquel pueblo todo aquel día y hicieronle los indios mucha caridad.

Viernes once de abril salió el padre comisario mucho antes que fuese de día de aquel lugar, con otro indio de a caballo por guía, y pasado allí junto un buen río y andadas dos leguas, llegó a una estanzuela que llaman de Alonso Pérez; pasó de largo y andadas otras dos leguas y media, llegó aún antes que fuese de día a un poblezuelo llamado Cacalutla, de los mismos indios, obispado y provincia, donde en una casa desierta, allí en el duro suelo, durmió un poquito y hasta que ya amanecía, y entonces volvió a su viaje y andada otra legua y media, llegó poco después de salido el sol al pueblo de Xoconusco, cabecera de toda aquella provincia y de donde ella toma el apellido, de los mismos indios y obispado, tierra de mucho cacao, pero bien defendida de mosquitos. Solía ser aquel pueblo muy grande y residir en él el gobernador de la provincia, pero por ser ya pequeño reside en otro como adelante se verá; con todo esto, sustenta dos clérigos de los siete sobredichos con el granillo del cacao; aposentó el padre comisario en la casa del uno de ellos, que era el que estaba en Mapaxtepec y había para ello dado la llave; el otro estaba a la sazón en Xoconusco y aunque supo de la llegada del padre comisario no le vio, antes con su mucha devoción se fue luego a otro pueblo de visita, pero los indios le hicieron caridad y dieron de comer huevos y pescado y fruta; descansó allí todo aquel día. En aquellas seis leguas desde Mapaxtepec a Xoconusco, sin el río sobredicho, se pasan tres o cuatro arroyos. Aquella tarde llegó a Xoconusco fray Pedro de Sandoval, el que había quedado perdido, como atrás se dijo, el cual refirió lo mucho que le había hecho padecer la bestia que le derribó, y cómo la había hallado entre unas yeguas y la dificultad con que la había sacado de entre ellas y la mucha prisa que había traído por aquel despoblado por alcanzar al padre comisario, el cual aunque le tuvo lástima se holgó de que llegase vivo y sano.

Sábado doce de abril salió de Xoconusco el padre comisario antes que

amaneciese, y andadas seis leguas no largas en que se pasan cuatro ríos y mucha y muy espesa montaña entre muchas cuevas pedregosas y llenas de peñas, que no poco penoso hacen el camino, llegó al salir del sol a un razonable pueblo de los mismos indios, obispado y provincia llamado Metzapotláuac y dejando allí a fray Francisco Salcedo y a su hermano negociando con un pariente suyo, pasó el padre comisario adelante. Después de haber descansado un poco y caminando por entre una alta montaña por camino llano (donde había muchos micos que andaban chirriando dando saltos de árbol en árbol, unos con sus hijuelos a cuevas y otros cortando ramillas y echándolas abajo) y andadas tres leguas en que se pasan cuatro ríos, llegó a otro bonito pueblo llamado Huitztlán, de los mismos indios, provincia y obispado. El último destos ríos corre por junto al mismo pueblo y es muy grande y peligroso. Los indios de aquel pueblo hicieron mucha caridad y regalo al padre comisario, pidiéronle misa para el día siguiente y dejóles recado para que se la dijese fray Francisco Salcedo que había de pasar por allí, y así se hizo.

Aquel mismo día después de comer, a instancia y persuasión de un clérigo que allí llegó, el cual decía que había revolución de tiempo y señales de llover y que no convenía aguardar a la tarde, salió el padre comisario de aquel pueblo llevando al clérigo por guía, y andadas tres leguas con un sol que abrasaba y pasados en ellas cuatro ríos y algunas costezuelas, llegó al ponerse el sol a un bonito pueblo llamado Huehuetlán, de los mismos indios, provincia y obispado; luego el clérigo, fingiendo que iba a su casa, se volvió a Huitztlán, porque iba a Xoconusco, sino que por sólo guiar al padre comisario y venir hablando con él, quiso andar aquellas seis leguas, tres de ida y tres de vuelta. Aquel pueblo de Huehuetlán es el mayor de los de aquella provincia, es muy cálido por estar metido en una valle no muy ancho, entre muchos cerros; allí residía el gobernador, el cual era muy devoto de nuestro estado y particularmente del padre comisario; aposéntolo en su casa, dióle de cenar y dejándole en ella se fue a dormir aquella noche a otra. Otro día, que fue domingo trece de abril, dijo misa el padre comisario y predicó a los españoles que moran en aquel pueblo y se juntaron de la comarca, que no eran pocos; después él y su secretario comieron con el gobernador, los demás con el clérigo que allí residía y a los unos y a los otros hicieron mucha fiesta, regalo y caridad. A la puerta de la iglesia estaba colgado un pellejo de lagarto lleno de paja, de dos varas de largo, del cual certificaron al padre comisario que había muerto dos indios y que a él le mató un español de un arcabuzazo; hay muchos de aquéllos en los ríos que entran en el Mar del Sur y en los esteros de aquella costa y hacen todo el mal que pueden.

Aquel mismo domingo en la noche trece de abril, después de haber



cenado el padre comisario con el gobernador, por no echarle otra noche de su casa, salió de Huehuetlán con un calor recísimo, y pasado allí junto un río grande por un vado lleno de piedras y después muchas cuevas y montañas espesas y otros tres ríos y andadas en todo esto tres leguas y media, llegó a un poblezuelo de la misma provincia, obispado e indios, llamado Copulco, donde en una casa de paja que hacían para iglesia o ermita, se recogió y durmió un rato allí en el suelo, las alforjas por cabeza; de allí prosiguió su camino, y andadas otras tres leguas y media en que se pasan otros tres ríos, llegó al amanecer a otro pueblo de los mismos indios, obispado y provincia, llamado Chiltepec; descansó allí un rato, y habiéndose desayunado con un poco de tocino fiambre que el gobernador había dado a los compañeros, prosiguió su viaje, y salido el sol y andadas otras cuatro leguas de buen camino, llegó a otro buen pueblo llamado Ayutla, de los mismos indios, provincia y obispado, donde un clérigo muy devoto y honrado le hizo caridad con mucho amor y devoción; detúvose allí hasta la tarde.

En aquellas cuatro leguas se pasan cuatro ríos; el primero, que está al salir de Chiltepec es grande, pero mayor y más peligroso el cuarto y último que corre por junto a Ayutla, el cual (aunque iba dividido en dos brazos y era verano) se pasó con dificultad y peligro, y uno de los compañeros estuvo muy a pique de caer en él con la bestia en que iba. El mismo lunes catorce de abril salió de aquel pueblo el padre comisario como a las tres y media de la tarde, y andada una legua de camino llano llegó a un río grande y caudaloso; pasóle por un vado que tiene, aunque hondo, y andada otra buena legua llegó ya de noche a un estero donde suele haber muchos lagartos; pasóle sin miedo porque entonces no tenía ningunos a causa de no haber en él sino muy poca agua, después anduvo otras dos leguas, también de camino llano, al cabo de las cuales llegó a un pueblo llamado Tlilapa, del mismo obispado de Guatemala y el último de la provincia de Xoconusco y de unos indios que hablan lengua particular, aunque entienden la mexicana, los cuales recibieron al padre comisario, aunque era tan noche, con música de trompetas y le hicieron mucha caridad; certificaron al padre comisario que aquellos indios eran de los forasteros que antiguamente iban allí por cacao y que acabados y consumidos los naturales por pestilencia y enfermedades muy graves, se quedaron ellos en sus casas y posesiones de cacauatales y que así tienen lengua diferente de los demás de la provincia.

Martes quince de abril salió el padre comisario muy de madrugada de aquel pueblo, y pasadas algunas costezuelas y mucha montaña alta y espesa y un río grande, y andadas como tres leguas, se apeó en el mismo



camino, y debajo de un árbol grande, junto a una cruz y al ruido del río sobredicho que corre no lejos de allí, durmió como media hora. Prosiguió luego su viaje aún antes que fuese de día, y andada como legua y media se apeó muy cansado junto a un rancho a la orilla del mismo río, siendo ya salido el sol, y habiendo allí descansado un poco, volvió a su tarea, y andado como un cuarto de legua halló atajado el paso con un árbol muy grande que se había caído y estaba atravesado en el camino, y andando el padre comisario y sus compañeros buscando por dónde poder pasar, porque el monte era muy espeso y cerrado, llegaron allí dos religiosos de la provincia de Guatemala, que por orden de su provincial iban a recibir al padre comisario, con algún refresco, con ánimo de llegar hasta Tehuantepec, no creyendo que su ida fuese tan apresurada; el uno de ellos era difinidor actual de aquella provincia, llamado fray Pedro de Arboleda, que después fue provincial; holgóse mucho el padre comisario de verlos y ellos no menos de ver a su prelado, cuya prisa en caminar les excusó y quitó mucho y muy mal camino y el pasar ríos sin cuento. Prosiguió con ellos su viaje, y pasados dos riachuelos y andadas otras cuatro leguas y media en que hay muchas huertas de cacao, llegó no poco cansado a un bonito pueblo de indios guatemaltecos o de lengua achí, llamado Santa Catalina, del mismo obispado de Guatemala, visita de padres mercenarios, donde fue recibido con mucha música, fiesta y solemnidad, y un fraile de aquella orden le dio aquel día de comer y cenar y le hizo mucha caridad.

[CAPÍTULO XXXII]

*De cómo el padre comisario llegó al primer convento de la provincia de Guatemala, y prosiguió su viaje*

Miércoles diez y seis de abril salió el padre comisario general de aquel pueblo, tan de madrugada, que andadas tres leguas llegó aún muy de noche a otro llamado San Martín, visita de clérigos del mismo obispado y de los mismos indios achíes; fue menester encender allí unas candelas con cuya luz bajó una mala cuesta hasta llegar a una puente de madera, por la cual se pasa un río furioso llamado de San Martín, que corre por entre unos peñascos con un ímpetu y ruido espantoso, por una gran profundidad entre peñas tajadas y peñascos adonde es imposible llegar. Certificaron al padre comisario que los indios de aquel pueblo, para pescar en